

## FORO DE LA NACIÓN

# Don Mario Echandi

CARLOS ALVARADO

*Discurso pronunciado por el presidente de la Cámara de Comercio de Costa Rica, Carlos Alvarado, con ocasión del homenaje al expresidente Mario Echandi J.*

**E**sta es una noche especial. La Cámara de Comercio de Costa Rica se honra con la presencia de un galardonado singular y de un selecto grupo de invitados.

El galardón democracia y libertad, otorgado por nuestra cámara, corresponde este año a don Mario Echandi Jiménez, cuyo nombre evoca coraje, pundonor, integridad moral, civismo y sencillez.

Creo que nos habíamos tardado en honrar a tan insigne ciudadano, egregio presidente y ejemplar expresidente. Sin embargo, si al retrasarnos en el homenaje, rozamos la justicia, hemos ganado sobremanera en oportunidad. Este es un momento adecuado para exaltar las virtudes cívicas y personales de un gran ciudadano, en momentos en que la palabra crisis resuena en todos los ámbitos de la vida nacional y nuestra patria se enfrenta a gigantescos desafíos en el orden económico y, sobre todo, en el campo ético, que es, al fin de cuentas, como muy bien lo entendieron nuestros antepasados, el que define el rumbo de una nación.

La patria necesita hombres luchadores, y don Mario ha sido uno de los más apasionados en defensa de nuestros valores. La patria requiere la lección viva de sus dirigentes, encarnada en palabras y en obras, y la vida de don Mario ha sido una enseñanza perenne para nuestras generaciones, en hechos y en palabras. La patria necesita unir de nuevo, la política con la moral, y don Mario se distinguió, como diputado, como diplomático y como presidente de la República, por no separar estas dos dimensiones fundamentales de la sociedad. La patria sufre el descomulgamiento de la vida familiar, y don Mario proviene de un hogar por mil títulos honorable y digno. La patria está angustiada por el irrespeto a la vida, pues, aunque carezcamos de ejército y la sangre de nuestros hijos no tiñe nuestro suelo en campos de batalla, mucha sangre se está derramando por el imperio de la inseguridad y del crimen. El padre de don Mario, don Alberto, nos enseñó que nada en este mundo, ni el poder, ni la ambición, ni el dinero merecen que se derrame una sola gota de sangre inocente. La patria ve con estupor el avasallamiento de la ostentación, materializada en el dinero mal habido o en el frenesí del poder o de la vanidad.

Don Mario nos ha predicado siempre con el lenguaje de la sencillez y de la vida recogida.

Don Mario nos enseña, en estos momentos cruciales para Costa Rica, que solo tenemos una salida: avanzar con ímpetu, pero sin renegar de la herencia espiritual, moral y cívica recibida de nuestros abuelos. Ellos la forjaron con sacrificio y con valor incomparable. Nosotros no podemos permitir su degradación. De esta toma de conciencia de nuestras raíces, de nuestros valores fundamentales, dependerá nuestro éxito en los otros órdenes de la existencia.

En las últimas décadas se enseñoreó de Costa Rica una actitud o tendencia que hizo del partido político la norma suprema; del Estado, la salvación; y que tiro por la borda, con arrogancia y desdén, las enseñanzas y tradiciones del pasado. Algunos hasta llegaron a avergonzarse de nuestra historia pues parecía que la historia había comenzado con ellos. Hemos pagado muy cara esta actitud arrogante y vanidosa.

Ahora, nos sentimos inseguros y hasta tenemos temor. Nos sentimos inseguros y tenemos miedo por cuanto renegamos de los fundamentos. Pretendimos, como el personaje de la leyenda griega, Icaro, ascender con alas de cera, que el intenso calor del sol disolvió. Debemos volar con otras alas, con alas que no puedan ser destruidas ni por el calor ni por el frío, que desafíen las tempestades, que nos mantengan erguidos a la hora del ascenso y prudentes y firmes, a la hora del descenso. Estas alas se llaman rectitud y trabajo, los viejos principios que alumbraron nuestra independencia y que sentaron las bases de nuestra patria.

Recibe usted, don Mario, el galardón de la libertad y de la democracia. No lo honramos a usted solamente. Usted nos honra a nosotros, al aceptarlo. Lo recibe usted, don Mario, no solo porque usted ha sido, a lo largo de su existen-

cia privada y pública, un adalid de estos dos valores fundamentales de nuestra sociedad, sino porque, con su conducta y su ejemplo, usted ha enriquecido estos principios.

La libertad y la democracia son los dos grandes vencedores en este siglo. Tras casi siete décadas de oscurantismo ideológico y político, el colapso del comunismo demostró que es verdad que al final refulgen y triunfan el bien, la verdad y la libertad, y que, por lo tanto, no hemos nunca de darnos por vencidos ni perder la esperanza. La libertad y la democracia requieren; sin embargo, una continua vigilia, máxima ahora, cuando sin enemigo totalitario al frente, los pueblos les exigen a estos dos valores que demuestren toda su eficacia y toda su grandeza.

Sin embargo, la libertad y la democracia no podrán exhibir toda su eficacia, si no se encuentran anclados profundamente en los valores que usted, don Mario, defendió y practicó con pasión y coherencia en su vida pública. La libertad sin la moral es un potro desbocado, sin límites ni dirección. La democracia sin valores morales es un

simple juego electoral, sin contenido ni trascendencia. Debemos regresar los costarricenses a lo que usted, don Mario nos enseñó y vivió.

Alguna vez, agobiada la patria, como lo está hoy, por una grave crisis fiscal, usted proclamó en un memorable discurso: "crisis fiscal, no; crisis de valores". Tenía usted razón, don Mario. En esta pesada crisis fiscal recurrente de Costa Rica hay una causa también recurrente: un profundo déficit de valores, más que de colones. Usted nos invita con su ejemplo y su palabra a poner la casa en orden y siguiendo el

orden de las cosas: en la base, la ética, el civismo, la responsabilidad, la solidaridad, y sobre estos valores todo lo demás. Así se hizo Costa Rica, a la tica, y no al revés. Estamos dispuestos a seguir este ejemplo y a no derrochar la herencia recibida.

Muchas gracias, don Mario, por su presencia, por su ejemplo, por su coraje, por tantas horas de vigilancia consagradas a la patria, por su palabra, con todo lo cual, se ha fortalecido y ennoblecido la libertad y la democracia, los dos principios perennes que han acuñado el galardón que, con orgullo, depositamos esta noche en sus manos.